

posicion del santo padre en presencia de algunos altos funcionarios, como Mr. de Talleyrand por ejemplo, que habian roto los lazos del sacerdocio por contraer matrimonio, el peligro de recibir en una capital enemiga proposiciones inadmisibles, que no podrian rehusarle sin romper abiertamente, en fin los riesgos del viage para una salud tan delicada como la de Pio VII. Acordándose de la critica en que habia incurrido en el último siglo el papa Pio VI cuando fué á Viena á visitar á José II, sin haber obtenido cosa alguna favorable á la religion, sostenian los quince cardenales, que solo una excusa podia darse á los ojos del mundo cristiano y era la de exigir y obtener ciertas ventajas notorias, como la revocacion de una parte de los artículos orgánicos, la abolición de las medidas tomadas por la república italiana acerca del clero, la revocacion de lo que el comisario francés hacia en Parma y en Plasencia respecto á la iglesia de este pais, y por último indemnizaciones territoriales por las pérdidas que la Santa Sede habia sufrido y sobre todo la adopcion del antiguo ceremonial observado para la coronacion de los emperadores germánicos. Algunos añadieron, como condicion espresa, que la consagracion se verificaria, no en París sino en Italia, cuando Napoleon visitase sus estados mas allá de los Alpes.

Algo tranquilo por estos pareceres, hallábase el papa dispuesto á consentir en los deseos de Napoleon, insistiendo sin embargo sobre las condiciones reclamadas por los quince cardenales y dió parte de esta resolucion al cardenal Fesch. Pero entretanto llegó á Roma el testo

del senado-consulta del 28 floreal y la fórmula del juramento del emperador que contenia estas palabras:—Juro respetar y hacer respetar LAS LEYES DEL CONCORDATO Y LA LIBERTAD DE CULTOS. —Las leyes del concordato parecian comprender los artículos orgánicos, y la libertad de cultos, la consagracion de las heregias, y nunca admitió la corte de Roma por su cuenta semejante libertad. Este juramento se convirtió en motivo de negativa absoluta. Fueron con todo consultados los veinte cardenales y de ellos solo cinco creyeron que el juramento no era obstáculo insuperable: quince votaron que se oponia á que el papa consagrarse al nuevo monarca.

Aunque los cardenales guardaron el secreto, algunas indiscreciones inevitables de los agentes de la Santa Sede produjeron el que se divulgase la negociacion, y el público, compuesto de prelados y diplomáticos vomitó mil sarcasmos. Llamaban á Pio VII *capellan del emperador de los franceses*, supuesto que éste, necesitando el ministerio del papa, no iba á Roma, como en otro tiempo lo hicieron Carlo-Magno, Othon, Barbarroja y Carlos V, sino que llamaba al papa á París.

Aquellas diatribas unidas á las dificultades del juramento, trastornaron á Pio VII y al cardenal Consalvi, y ambos resolvieron responder favorablemente, aunque negando en realidad la exigencia, pues esta contestacion se reducía á una aquiescencia sobrecargada de condiciones que el emperador no podia admitir.

El cardenal Fesch se apresuró á contestar á la dificultad principal suscitada por el juramento, diciendo que el compromiso de respetar la liber-



tad de cultos era conforme á los principios adoptados en el siglo presente por todos los soberanos. Estas esplicaciones sensatas no tenian, segun el cardenal Consalvi, mas que un carácter privado y no público y no podian escusar á la córte de Roma para con los fieles y con el mismo Dios, si ella faltaba á la fé católica.

Aunque de carácter poco insinuante, el cardenal Fesch habia sabido penetrar el secreto de la córte de Roma y conocer las dificultades de sus autores. Avisó á París á fin de que el emperador se enterase de todo, mas no sabiendo hasta qué punto deseaba el papa sustraerse á lo que de él se exigia, dió mas esperanzas que las que realmente tenia, añadiendo que era preciso dar á la Santa Sede esplicaciones satisfactorias.

Transmitidas á París estas comunicaciones pusieron en aprieto al cardenal Caprara, pues se consideraron como un consentimiento que solo dependia de algunas esplicaciones y todos creyeron que quedaba ya resuelta la venida del papa á Francia. El cardenal Caprara, que conocia las verdaderas disposiciones de su córte y que no se atrevia á declararlas, estaba temblando y confuso. La emperatriz Josefina daba mas importancia que el mismo Napoleon á un acto que le parecia el perdon del cielo por su usurpacion, de modo que prodigó en Saint-Cloud al cardenal las mayores pruebas de atencion. Napoleon tambien le manifestó el mayor afecto, y ambos le dijeron que consideraban terminado el negocio, que el papa seria recibido en París con todos los honores debidos al gefe de la iglesia universal y que la religion ganaria mucho con su viage. Napoleon, que

no sabia todo, pero que sospechaba parte de los secretos de la córte romana, evitó cuanto pudo el encuentro de Caprara, por temor de que este le pidiese imposibles, como la revocacion de los artículos orgánicos, ó cosas muy dificiles como la restitution de las Legaciones. El cardenal por lo tanto se encontró desorientado entre las esperanzas concebidas en París y las dificultades de hablar á Napoleon, para sacar de él alguna promesa que decidiese á su córte.

El abate Bernier, obispo ya de Orleans, hombre cuyo talento claro habia vencido las dificultades del concordato, fué utilísimo en aquella circunstancia, y se le encargó de la contestacion á Roma. Entendióse al efecto con el cardenal Caprara y le hizo entender que en vista de las esperanzas de Napoleon y del público francés, era imposible volverse atras sin ofender al primero, y el mismo redactó un despacho que honraria á los mas sábios y hábiles diplomáticos. Recordó en él los servicios prestados por Napoleon á la iglesia, los títulos que tenia á su reconocimiento, el bien que la religion podia esperar de él, el efecto que produciria en el pueblo francés la presencia de Pio VII y el impulso que daria á las ideas religiosas. Esplicó el juramento y las palabras relativas á la libertad de cultos, ofreció el expediente de celebrar dos ceremonias, una civil en que el emperador prestase juramento y se ciñese la corona, y otra religiosa, en que el papa diese á esta corona su bendicion. Por último declaró positivamente que se queria la presencia del papa en París por interés de la religion y para negocios referentes á ella. Estas palabras encerraban mu-



chas esperanzas, para que dejasen de seducir al papa, presentándole un pretesto para la cristianidad que justificase su condescendencia con Napoleón.

El cardenal Caprara añadió á este despacho oficial del gobierno francés cartas particulares que revelaban el estado de la Francia, asegurando que no podía dar á esta una negativa sin esponerse á graves riesgos, que en Roma se juzgaba mal de las cosas y que el papa solo encontraría en su viaje motivos de satisfacción.

Llevada por segunda vez á Roma, debía salir bien la negociacion. El papa y el cardenal Consalvi, ilustrados por las cartas del legado y del obispo de Orleans, comprendieron la imposibilidad de una negativa, y apurados por el cardenal Fesch, se rindieron al fin. Conocian, sin embargo, la necesidad de consultar á los cardenales y asustábalos sobre todo una de las esplicaciones del obispo de Orleans, concerniente á la idea de la doble ceremonia, pues el papa no admitía mas que una, porque no solo quería bendecir al nuevo emperador, sino coronarle. Consultóse por lo mismo á los cardenales acerca de las nuevas esplicaciones recibidas de París; el cardenal Fesch logró entenderse con ellos y atemorizó sus corazones, cosa en que se distinguía mas que en saber cautivarlos, y la respuesta fué favorable, aunque se pidió nota oficial que esplicase el juramento, que prometíese una sola ceremonia y que hiciese espresa mencion de las condiciones con que el papa iría á París.

Mandó, pues, declarar que se trasladaría á dicha capital con la condicion espresa de que el juramento se entendería, no como aprobatorio de

los dogmas heréticos, sino como tolerante de los cultos disidentes, siempre que se le prometiese oírle cuando reclamase contra ciertos artículos orgánicos, y cuando hablase en defensa de los intereses de la iglesia y de la Santa Sede, porque todavía no se habían nombrado las Legaciones; que no se permitiría llegar hasta sus piés á los obispos que disputaban sobre si deberían ó no someterse á la Santa Sede, á no ser que se sometiesen á ella completamente; que no se espondría al papa á encontrarse con personas colocadas en posicion contraria á las leyes de la iglesia, en lo cual aludia claramente á la esposa del ministro de negocios estrangeros; que el ceremonial seria el mismo que se observaba en Roma al consagrar los emperadores ó en el arzobispado de Reims al hacer lo mismo con los reyes de Francia; que en cuanto al papa, no habría mas que una ceremonia, que una diputacion de dos obispos franceses presentaría á Pio VII un mensaje invitatorio en que dijese el emperador que no pudiendo salir de su Imperio por impedirselo razones poderosas, y teniendo que conferenciar con el santo padre acerca de los intereses de la religion, le rogaba fuese á Francia para bendecir su corona y tratar de los intereses de la iglesia; que no se haría al papa ninguna especie de peticion, ni le pondrian trabas cuando quisiera regresar á Italia. Por último, el gabinete pontificio manifestó deseos de que la consagracion se efectuase el 25 de diciembre, dia en que fué proclamado emperador Carlo-Magno, pues agitado como lo estaba el papa, tenia necesidad de ir á pasar algun tiempo á Castel-Gandolfo, para tomar algun descanso, además de que



no podia dejar á Roma sin arreglar antes muchos asuntos del gobierno romano.

Nada contenian estas condiciones que no fuese admisible, porque el prometer se daría oídos a las reclamaciones del papa sobre ciertos artículos orgánicos, no era prometer se accedería á lo que propusiese, caso de que fuera contrario á los principios de la iglesia francesa: esto sin contar que el cardenal Fesch habia declarado con lealtad que nunca se modificaria el artículo orgánico que mas ofendia á la corte de Roma, esto es, el que exigia el consentimiento de la autoridad civil para que pudieran entrar en Francia las bulas. Tambien podia prometerse sin escrúpulo alguno que se observaria el ceremonial romano ó francés; dar esperanzas de que mejoría el estado territorial de la Santa Sede, porque Napoleon habia pensado en ello muchas veces; que se enviaria una diputación para que invitase solemnemente al papa á que se trasladara á Paris; que para motivar su viage se alegaria que lo exigian los intereses de la iglesia; y que se reprimiria á los cuatro obispos que se habian arrepentido de haberse reconciliado con la iglesia, y la inquietaban de un modo sensible. Podia en fin comprometerse el gobierno francés á no pedir á Pio VII cosas indebidas y á dejarle en libertad, porque ni Napoleon ni él pensaban de un modo contrario, y solo unos ancianos miedosos y débiles podian suponer se atentase en Francia contra la libertad del papa.

Una vez logrado el consentimiento, declaró el cardenal Fesch que el emperador se encargaria de todos los gastos del viage, lo cual era una dificultad menos para un gobierno arruinado como

lo estaba el pontificio, y manifestó los pormenores del recibimiento que iba á hacerse al santo padre: pero desgraciadamente lo disgustó con exigencias accesorias y que no venian á cuento. Quería que fuesen acompañando al papa doce cardenales, y además Consalvi, secretario de estado que era, y que él como embajador, gran limosnero y tío del emperador, ocuparia el primer puesto en el carruaje pontificio, sin tener en cuenta que los cardenales están clasificados por orden de antigüedad, y que todo aquello era inútil, ó por mejor decir, servia para causar tanto sentimiento como las mas serias dificultades á hombres tímidos y que se pagan de las formas.

Pio VII cedió en algunos puntos; pero se mantuvo firme en lo del número de cardenales y la separacion del secretario de estado, ideando, llevado de su terror aunque vago, un medio de evitar los peligros que pudiera correr la iglesia de resultas de su viage. Creyendo el santo padre era mas grave su enfermedad, pues tomaba la agitacion nerviosa de que se hallaba atacado por un mal peligroso, pensó que nada tendria de particular muriese en el camino, y aun le ocurrió que tal vez querrian abusar de su situacion. Por sí se verificaba esto último, estendió y firmó su abdicacion poniéndola en manos del cardenal Consalvi, para que pudiera declarar el papado vacante; y como si fallecia ó llegaba á abdicar, era preciso convocar el sacro colegio, á fin de elegir al que debiera sentarse en la silla de San Pedro, debía quedar en Roma el mayor número posible de cardenales, y entre ellos el hombre que era mas capaz por su habilidad de regir la iglesia en circunstancias gra-



ves, es decir, el cardenal Consalvi. Otra consideracion decidió al papa á obrar así: para que Austria aprobase su viage á París, tuvo que darle esplicaciones, y apreciando debidamente su situacion aquella potencia, conoció lo necesario que era se pusiese en marcha; pero pidió una garantia, esto es, que prometiese no trataria en París del arreglo de la iglesia germánica, arreglo que debia ser una consecuencia precisa del registro de 1803. Viendo Pio VII que por esto, mas que por nada, temia el gobierno austriaco su ida á París, prometió solemnemente que solo se ocuparía con Napoleon de cosas concernientes á la iglesia francesa; mas para que el gabinete en cuestion creyera en su promesa, era preciso que no llevase consigo al cardenal Consalvi, que entendia en todos los asuntos de importancia de la córte romana.

Tales fueron los motivos que tuvo Pio VII para no querer llevar consigo mas que seis cardenales, é insistir en su resolucion de dejar en Roma al secretario de estado; pero consintió en un arreglo con respecto á las pretensiones personales del cardenal Fesch, estando conforme con que ocupase el primer puesto así que él llegase á Francia.

Puestos ya de acuerdo, trasladóse el papa á Castel-Gandolfo, donde gracias al aire puro, á la calma que el hombre disfruta despues de haber tomado una resolucion, y á las noticias cada vez mas satisfactorias que iba recibiendo de la acogida que le preparaban en París, recobró su salud muy decaida.

Napoleon tuvo por una gran victoria lo que acababa de conseguir, mirándolo como el comple-

mento de sus derechos, pues ya nada le quedaba que desear en materia de legitimidad. Sin embargo, no queriendo por su carácter propio, en medio de aquellas pompas esteriore, nada hizo, nada prometió que fuese contrario á su dignidad y á los principios de su gobierno. Así es que cuando el cardenal Fesch le dijo que bastaria con enviar al papa un general que gozase de una posicion elevada, envió á Caffarelli con su invitacion, invitacion que estendió en términos respetuosos, y aun cariñosos, pero sin dar á entender demasiado que llamaba al papa para otros asuntos que su consagracion. La carta invitatoria, escrita con suma dignidad, estaba concebida en los términos siguientes:

SANTISIMO PADRE.

«El feliz resultado que ha producido para la moral y el carácter de mi pueblo el restablecimiento de la religion cristiana, me induce á suplicar á vuestra santidad me dé otra prueba del interés que se toma por mi destino y el de esta gran nacion, en una de las circunstancias mas importantes que ofrecen los anales del mundo. Ruego á vuestra santidad venga á dar en el grado mas eminente, el carácter de la religion á la ceremonia de consagrar y coronar al primer emperador de los franceses, y con eso, concurriendo vuestra santidad á la espresada ceremonia, adquirirá un nuevo lustre, atrayendo sobre nosotros y sobre nuestros pueblos la religion de Dios de quien depende la suerte de los imperios y las familias.

«Vuestra santidad conoce el cariño que hace tiempo le profeso, y por lo mismo puede estar se-



guro del placer con que acogeré esta circunstancia para volver á darle pruebas de los sentimientos afectuosos que me inspira. Entre tanto, santísimo padre, queda rogando á Dios que os conserve largos años para seguir gobernando á nuestra santa madre la iglesia, vuestro devoto hijo

NAPOLÉON.»

Además de esta carta, iba otra en que hacia vivas instancias al papa, para que en lugar de llegar á París el 25 de diciembre, lo hiciese á fines de noviembre, sin decir el verdadero motivo que le inducia á desear que la ceremonia se verificase cuanto antes, y no era otro que su proyecto de desembarque en Inglaterra, pues pensaba hacerlo para diciembre. Para convencer al papa, alegó Napoleón otro motivo, verdadero también, pero no tan grave, cual era, el inconveniente que iba á resultar de que permaneciesen tanto tiempo en París todas las autoridades civiles y militares reunidas ya allí de orden superior.

El general Caffarelli salió en posta y llegó á Roma el 28 de setiembre por la noche, presentándole al día siguiente el cardenal Fesch al santo padre, quien le recibió perfectamente. El general puso en manos de Pío VII la carta que llevaba, y éste dejó su lectura para después que se hubiese acabado la audiencia; pero así que se enteró de su contenido, y vió que no se alegaba para que fuese á Francia el arreglo de ciertos asuntos religiosos, se afligió en extremo y le acometió una convulsión nerviosa que causó á todos la mayor inquietud. En el fondo lo que sentía aquel respetable pontífice como todos los princi-

pes que tienen un alma elevada, era su honor y la dignidad de su corona, pues creía iban á padecer sino se alegaba el interés que debía reportar la iglesia de arreglar ciertos asuntos religiosos, para explicar su salida de Roma; como que sus enemigos le llamaban *capellán de Napoleón*; ofendiendo profundamente su justo orgullo. En consecuencia mandó llamar al cardenal Fesch, y le dijo que lo que le había llevado era *veneno*, añadiendo que ni contestaría á semejante carta, ni iría á París, pues no le habían cumplido la palabra dada. El cardenal Fesch procuró calmar al pontífice, ocurriéndole podría arreglarse aquella dificultad, consultando de nuevo á los cardenales, y como todos ellos empezaban á conocer era imposible retroceder, así que el cardenal embajador, pasó una nota en que daba esplicaciones, se allanó el obstáculo decidiéndose que el papa no se pondría en marcha hasta el 2 de noviembre, por ser el 1.º día de Todos los Santos, para llegar el 27 á Fontaineblau.

Mientras que esto sucedía en Roma, Napoleón disponía lo necesario en París para dar á la ceremonia un lucimiento prodigioso, invitando á que concurriesen á ella á los príncipes de Baden, el príncipe archi-canciller del imperio germánico y varios comisionados del gobierno interior de los pueblos, la magistratura y el ejército. Por lo demás, encargó al obispo Bernier, así como al archi-canciller Cambaceres, examinasen el ceremonial puesto en uso para la consagración de reyes y emperadores, y que le propusieran las modificaciones que fuese preciso introducir en ellos con arreglo á las costumbres del siglo, el espi-



ritu de la época, y aun las prevenciones que Francia abrigaba contra la autoridad romana, mandándoles guardasen el mayor secreto para que aquellas cuestiones no diesen lugar á la crítica; pues él se reservaba el derecho de resolver por sí las que admitiesen duda. Ambos ritos, tanto el romano como el francés, contenian cosas que debian chocar no poco, pues con arreglo á uno y otro ceremonial, debia presentarse el monarca sin las insignias del supremo poder, tales como el cetro, la espada y la corona, recibiendo únicamente de manos del pontífice, quien debia ponerle la corona en la cabeza. El rito francés disponia que fuesen los pares, y el romano los obispos, quienes mantuviesen la corona suspendida sobre la cabeza del monarca, que debia estar de rodillas, y que el pontífice la tomase bajándola hasta su frente; pero MM. Bernier y Cambaceres suprimieron ciertos pormenores que se hallaban muy en contradiccion con la época actual, opinando debia conservarse esta última parte de las ceremonias, siempre que en lugar de los pares de que hablaba el rito francés, y de los obispos, si se atenian al rito romano, tuviesen la corona los seis grandes dignatarios del Imperio, y se dejase al papa que la pusiera, segun costumbre antiguamente admitida. Fundándose Napoleon en el espíritu de que la nacion y el ejército se hallaban animados, sostuvo que no podia recibir de aquel modo la corona de manos del pontífice, pues la nacion y el ejército que se la habian dado, se resentirian al ver un ceremonial que no guardaba conformidad con la realidad de las cosas ni la independencia del trono.

Tan inflexible se mantuvo acerca de esto, que dijo conocia mejor que nadie los verdaderos sentimientos de Francia, la cual se inclinaba sin duda alguna á las ideas religiosas, pero que aun bajo este mismo aspecto, siempre estaba pronta á censurar á los que traspasaban ciertos límites. De consiguiente queria llegar á la basilica con sus insignias imperiales, es decir, vestido de emperador, y darlos para que el papa los bendijese, consintiendo en ser bendecido y consagrado, pero no coronado. El archi-canciller Cambaceres, confesó era exacta la opinion de Napoleon, pero dijo iban á esponerse al riesgo no menos grande de ofender á un pontífice, ya apesadumbrado, y á privar á la ceremonia de una conformidad preciosa con las antiguas fórmulas puestas en uso desde Pipino y Carlo-Magno hasta nuestros dias. Por lo demás, MM. Cambaceres y Bernier que eran íntimos amigos del legado, se encargaron en hacer aprobase lo dispuesto por el emperador. Como el cardenal Caprara sabia harto bien que las fórmulas eran un negocio muy grave para su córte, manifestó que nada podia definirse sin consultar al papa; pero que sino se queria suscitar mas obstáculos, nada preguntasen á la Santa Sede. Convencido de que así que llegase el papa se tranquilizaria al ver el recibimiento que le tenian preparado en Francia, creyó que todo se arreglaria mas fácilmente en París bajo el influjo de una satisfaccion inesperada, que en Roma dominado por vagos terrores.

Obviadas estas dificultades, quedaban otras con respecto á la familia imperial, pues se trataba de determinar qué papel harian en la ce-



remonia de la consagracion la esposa, hermanos y hermanas del emperador. En primer lugar, era preciso saber si Josefina seria coronada y consagrada como Napoleon, cosa que ella deseaba con ahinco, pues esto era un nuevo vinculo que le uniese á su esposo, una garantia mas contra un repudio futuro, repudio que era la pesadilla constante de su vida. Napoleon titubeaba entre el cariño que tenia á su esposa, y los ocultos presentimientos de su política, cuando gracias á una reyerta de familia, faltó poco para causar instantáneamente la pérdida de la desgraciada Josefina. Hermanos, hermanas, las personas enlazadas con ellos, todo el mundo se agitaba en derredor del nuevo monarca, queriendo hacer en aquella fiesta, que no parecia sino que iba á consagrarlos á todos, un papel adecuado á sus pretensiones actuales y á sus esperanzas para lo futuro; y como al ver semejante agitacion, y las instancias que todos, pero principalmente una de las hermanas de Napoleon, hacian á éste para que accediese á sus deseos, devorada por los celos Josefina, diese á entender abrigaba sospechas que eran un ultrage para su cuñada, y aun para Napoleon, sospechas que concordaban con las atroces calumnias de los emigrados, furioso Napoleon, tuvo valor para sofocar su cariño, y dijo á Josefina que iba á separarse de ella (1), que al fin tendria

(1) En esto no hago mas que contar lo que me ha referido una persona respetable, que fué testigo ocular de lo que allí pasó, porque pertenecia á la servidumbre de la familia imperial, y que ha consagrado este recuerdo en sus memorias manuscritas.

que hacerlo mas tarde, y que mas valia resignarse á ello desde luego antes de que hubiesen contraido vinculos mas estrechos. En seguida llamó á sus dos hijos adoptivos y los participó su resolucion, sumiéndoles con semejante noticia en el mas profundo dolor; pero Hortensia y Eugenio de Beauharnais declararon que seguirian á su madre al retiro á que querian condenarla. Josefina, llevada de buenos consejos, se mostró apesadumbrada, pero resignada y sumisa, y el contraste que presentaba su pena con la satisfaccion que se dejaba ver en el resto de la familia imperial, desgarró el corazon de Napoleon, quien no pudo decidirse á ver desterrada é infeliz á la que habia sido compañera suya desde jóven, y mucho menos á sus hijos, á quienes queria con la ternura de un padre. En consecuencia estrechó á Josefina en sus brazos, y la dijo, llevado de su cariño, que nunca tendria fuerzas para separarse de ella aunque tal vez lo exigiria la política, prometiéndole en seguida seria coronada con él, recibiendo á su lado de manos del papa la consagracion divina. Josefina siempre inconstante, pasó del terror al contento mas vivo, y se entregó á los preparativos de la ceremonia con la alegría propia de un niño.

Animado Napoleon del oculto designio que tenia de resucitar algun dia el imperio de Occidente, queria que hubiese en derredor de su trono reyes dependientes de él, siendo este el motivo de que pensase en hacer grandes dignatarios del Imperio á sus dos hermanos José y Luis para convertirlos despues en reyes, y hasta tenia dispuesto que José tuviese un trono en Lombardia.



Su intento era que al propio tiempo que monarcas, continuasen siendo grandes dignatarios de su imperio, de suerte que debian ser en el imperio francés de Occidente lo que en el germánico los príncipes de él, Sajonia, Brandeburgo, Bohemia, Baviera, Hannover etc.; y como era preciso que la ceremonia de la consagracion correspondiese á semejante proyecto, siendo la imagen emblemática de la realidad que preparaba ya para sí, no consintió tuviesen suspendida la corona sobre su cabeza, ni obispos, ni pares, y ni aun siquiera que se la pusiera el obispo de Roma, que era el primado. Por iguales razones quiso que sus dos hermanos, á quienes destinaba á ser reyes dependientes del gran Imperio, tomasen á su lado una posicion que significase á las claras ese vasallage futuro, exigiendo en consecuencia que cuando revestido con el manto imperial tuviese que trasladarse á la basilica, desde el trono al altar, y desde el altar al trono, sus hermanos sostuvieran el manto por las puntas. Lo mismo exigió con respecto á la emperatriz, disponiendo que sus hermanas las princesas hicieran con Josefina lo que sus hermanos debian hacer con él; pero necesitó toda su energia para lograrlo, pues aunque no le gustaban las reyertas de familia, queria que le obedeciesen ciegamente cuando lo que mandaba tenia relacion con sus fines políticos.

Cuando llegó el mes de noviembre todo estaba dispuesto en Nuestra Señora; los comisionados habian ido llegando, los tribunales estaban cerrados; sesenta obispos y arzobispos acompañados de su respectiva clerecía, habian abandonado el cuidado de los altares; y se hallaban en París,

en lugar de estar en Boloña ó en Brest, los generales, almirantes, mariscales y oficiales mas distinguidos de mar y tierra, como por ejemplo, Davout, Ney, Soult, Bruix y Ganteaume. Esto contrariaba los deseos del emperador, pues aunque le gustaban las pompas, primero eran para él los negocios, además de que la capital se hallaba atestada de una multitud de curiosos que acudieron de todas partes, no solo de Francia sino de la Europa entera, y esperaban impacientes el espectáculo extraordinario que allí les llevaba. Napoleon sin embargo de que repetimos no le disgustaba la concurrencia de que era objeto, deseaba cesara cuanto antes un estado de cosas que salia del órden regular que queria establecer en su Imperio, y por lo tanto enviaba oficiales y mas oficiales con cartas para el papa, en que se mostraba muy cariñoso, pero en que le hacia vivas instancias para que apresurase su marcha, porque de dilacion en dilacion se habia retardado la ceremonia, fijándola para el 2 de diciembre.

Al fin se decidió el papa á dejar á Roma, pero antes dió plenos poderes al cardenal Consalvi, abrazándole repetidas veces, y el 2 de noviembre por la mañana se trasladó á la iglesia de San Pedro, donde permaneció por espacio de mucho tiempo arrodillado en medio de los cardenales, la nobleza de Roma y el pueblo. Despues de dirigir al cielo una fervorosa plegaria, como si fuera á arrostrar grandes peligros, subió al carruage, y tomó el camino de Viterbo, no sin que el pueblo de Transtevere, tan fiel para con sus pontífices, fuese acompañando bastante tiempo su carruage con los ojos bañados en lágrimas. ¿Qué se habia



hecho el tiempo en que la corte romana era la mas ilustrada de la Europa?... Los ancianos del sacro colegio, que apenas conocian el siglo en que vivian, no comprendiendo la sábia condescendencia de Pio VII, la censuraban y daban crédito á las fábulas mas absurdas, habiendo quien tenia por verosímil la voz que se habia esparcido de que Francia habia engañado al santo padre, proponiéndose reducirle á una prision, y arrebatárselos estados: ¡como si Napoleon hubiese necesitado recurrir á semejante medio para ser dueño de Roma! ¡Como si en aquel momento desease otra cosa que la bendicion del pontífice para que todos los hombres respetasen su poder!

A pesar de lo pobre que se hallaba Pio VII, antes de ponerse en marcha se proveyó de algunos regalos que fuesen dignos del huésped, en cuyo palacio iba á residir, escogiendo con su acostumbrada delicadeza, para darlos á Napoleon, dos camafeos antiguos, tan apreciables por su belleza, como por lo que significaban, pues uno de ellos representaba á Aquiles, y otro la continencia de Scipion. Para Josefina destinó vasos antiguos tambien, y de un trabajo admirable, y por consejo de Mr. de Talleyrand llevaba gran provision de rosarios para las damas de la corte.

En marcha, pues, como hemos manifestado, atravesó el estado romano y la Toscana, en medio de los pueblos de Italia que se arrodillaban á su paso. En Florencia, le recibió la reina de Etruria, que habia enviudado, y á la sazón era regente en nombre de su hijo del reino creado por Napoleon: por lo demás, aquella princesa, como española que era, acogió al papa con demostraciones de devo-

cion y respeto que le dejaron encantado. Desde entonces empezó á reponerse algun tanto de su profunda inquietud; pero no queriendo pasar por las Legaciones, á fin de no consagrar con su presencia lo que de ellas se habia hecho, dándolas en vez del Estado romano á otro, se dirigió por Placencia, Parma y Turin. Todavía no se hallaba en Francia, pero rodeábanle autoridades y tropas francesas, y allí vió inclinarse ante él al anciano Menou y á los oficiales del ejército de Italia, conmoviéndole la respetuosa espresion que aparecia grabada en aquellos rostros varoniles. El cardenal Cambaceres, un chambelan de palacio y Mr. de Salmatoris, á quienes se mandó saliesen á recibirle en la frontera, se presentaron en la del Piamonte, que era del Imperio, y le entregaron una carta de Napoleon en que le manifestaba su gratitud, y los votos que hacia porque el pontífice concluyese pronto y felizmente su viage. Cada vez mas tranquilo Pio VII, iba temiendo menos la resolucion que habia adoptado, y cuando pasó los Alpes, vió con gusto las extraordinarias precauciones que se habian tomado para que pudiera hacer la travesía con seguridad, como igualmente los ancianos cardenales que le acompañaban, como que varios oficiales del palacio imperial cuidaban de todo con una magnificencia y un esmero infinitos. Al fin llegó á Leon, y allí se convirtió su terror en un verdadero asombro, pues habian acudido poblaciones enteras de Provenza, el Delfinado, el Franco-Condado, y Borgoña, para ver al que representaba á Dios en la tierra, porque todos los pueblos llevan impreso en el corazon un sentimiento confuso, pero profundo de la divini-